¡QUÉ BENDITOS TIEMPOS!

XVI

Los botafumeiros

Adviértete, católico lector, que estoy trazando estos garabatos á 28 de Noviembre del cristianismo año de 1898. Y le llamo cristianismo, porque cuanto más grandes y más célebres son los años, son tanto más católicos, por cuanto nuestras venturas y bienanzas todas fruto maduro son de nuestra fe, de nuestro catolicismo sin mezcla de impiedad alguna.

El día de hoy forma, pues, por su grandeza, época en los anales de la beatísima España de los padres Sanz, Garzón, Comillas, Polavieja, etc., y mucho me maravilla que estos y otros autores de nuestra presente gloria no hayan propuesto ya sustituir la Era española y la cristiana por la Era de los Tocineros ó del Alíno, ya que los portentosos, sabios, sagaces políticos, eximios estadistas Cánovas y Mateo, las más grandes capacidades góticas del orbe mundo (después de Olivares), acaban de continuar la Historia de España aliviándonos del enorme peso de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Joló, merced á dos misteriosos lollars y unos siete céntimos. Y por si nada fuera el habernos enseñado muy de cerca la jeta de los chicagueros, nos hacen cucamonas con la del Niño Terco.

En vista, pues, de la dicha inmensa que tocan de atraernos estos políticos fenomenales por lo talentosos, no te maravilles, lector mío, si escribo hoy rebosando alegría por todos mis poros. Y entro en materia.

Cuanto más leo los apertaminados y viejos libros de marras, más me admiro de las concomitancias de aquellos y nuestros benditos tiempos.

Había ya en aquellas místicas décadas sendos poetas en España. ¿No había de haberlos, si esta Península es flamenco por todo lo alto? Aquí no habrá seso ni mollo, pero itaconeo, taconeo, vaya si le hay... ¡Como que los mismísimos romanos se rendían y aplaudían á hablar las contorsiones y meneos de nuestras andaluzas!

Verdad es que no son movimientos de León, sino de rabos de lagartijas; pero nuestra flamenquería va en creciente, como nuestro catolicismo.

Mas el recuerdo y el entusiasmo del 28 de Noviembre me hacen perder la pista á mi tesis.

Decide, lector, que en tiempos de Olivares había ya poetas, pero nunca, ni con mucho, tan flamencos cual los de hoy, que hicieron á porfia una corona poética de pepinillos al más grande y sabio de los monarcas (salva la parte del cuarto Felipe).

¡Qué talento! ¡Qué asombro había producido entre la juventud estudiosa de Austria Hungría su lucidez, su aplicación, su tuteo, su inventiva! Era un portento, un genio, un gigante para todo.

Así al menos lo juraban á pies juntos nuestros vales asalariados.

Lee, si no me crees, esa corona poética, y verás una trahilla de eximios poetas españoles, todos con el botafumeiro, arrastrando número poético y poesía por calles sin barrer, para que luego los artistas Escobedo de la villa llevaran el fruto en coche de una mula y descubrieran el sitio que dignamente se conquistaban por propios merecimientos, y á donde, cuando los hechos patentizan hoy, y donde morar también sus inspirados autores, falderos de las migajas cortezanas.

Pero hasta en este detalle encontré yo concordancias con aquellos felices días.

Escucha, lector, y pásmate. Va á tomar la palabra Quevedo, poeta que, como tal, vale por todos los de la corona poética (más bien gótica), y como hombre, como caballero, entre todos éstos no le llegan al zancajo.

Había así en su Política de Dios y gobierno de Cristo:

«Da tristeza leer tantas honras prodigadas al hijo del Santo, nieto del Prudente, biznieto del Invenible... al hijo mayor de la Iglesia romana, etc., etc.»

Es verdad.

Lector, ¿no te parecen bien puestas esas banderillas al disoluto padre de 32 hijos ilegítimos, que tenía por cuasi usorem á la Calderona? ¿Y encantas tú hoy ningún bellaco casca Muzas y ripios capax de escribir renglones largos tan viriles y decentes? No.

Pues ya que tengo en la mano la Política de Dios y gobierno de Cristo, política y gobierno santos por ser de Dios, y por ser la única hasta hoy admisible y admitida y practicada en España oye algunos otros parrafillos, que ni de encargo escribía aquel poeta eminente y humano, á quien los más de los españoles, como buenos flamencos, consideran ligero y obscuro solamente:

«Ninguno es rey más allá de donde merece serlo.»

¡Dios mío y qué enormidad! Y lo mejor es que no escampa:

«Lleva el vasallo el peso del rey á cuestas, como las armas, para que le defienda, pero no para que le hunda.»

¡Alto ahí, señor mío! Eso podría suceder en tiempos del Gran Felipe, tiempos de religión, de inquisición, de rosarios y conventos; pero en tiempos más felices, cual los de Campos, Pavia, Polavieja, Azcárraga y Comillas, no pasa de ser una solemne impostura.

Y la prueba es, que se nos hunde en ambos océanos y no se nos defiende.

Y lo evidencia el que, así Cánovas como Mateo, son dos monstruos del siglo, dos eminencias que saben continuar la Historia de España, y que han merecido estatuas vivitas y colesando.

No estamos, pues, tan degradados como en tiempos del Gran Felipe. Cabrá, á lo sumo, el más ó el menos; el tanto, nunca.

Y sin embargo, pasaban y se decían entonces cosas que, de conocerse el daguerrotipo, las creeríamos gólicas puras.

cosa de España nuestra ruina, nuestro crédito, la muerte por consunción de nuestros infelices soldados.

Pero por lo mismo de llevar en sí ese abrumador peso de la historia, sin ser neutralizado por elementos nuevos con suficiente fuerza, es hoy peligro tan grave el regionalismo español.

Algunos espíritus teóricos quieren armonizar aquel pasado con ideas nuevas; pero es vano su propósito; son una minoría insignificante, que tiene que ser absorbida y arrastrada por la mayoría, que sólo conoce y siente el impulso del pasado.

De esto es prueba la fiesta regionalista celebrada días pasados en Sitges, de la cual decía un telegrama publicado en Madrid:

«Pronunciáronse fogosos discursos en favor de los derechos que tiene Cataluña para figurar como independiente en el concurso de las naciones europeas.»

Ese es el pensamiento real y efectivo de los regionalistas catalanes.

Los que hablan de autonomía y que con ella se afirmará más la unidad nacional, son teorizantes cuyo valor es nulo al llegar al terreno de los hechos.

El regionalismo catalán es eso que se ha defendido en Sitges, y la autonomía no sería sino un paso para llegar á ello, ya que no se pudiera conquistar de una vez la independencia.

Y de igual suerte que los autonomistas, serían arrollados por la ola del puro instinto histórico, que va á eso y no más que á eso, á la independencia; la fuerza de ese instinto llevaría á todas las naturales consecuencias de la vida regionalista, y volvería á resucitarse en Cataluña el imperio del feudalismo, con la unidad católica y la Inquisición. ¡Véase, sólo, cómo la masa general del regionalismo catalán está constituida por los hombres del antiguo régimen! Pues esos que hoy tienen la prensa y el capital y la dirección del movimiento regional, serían luego los que imperaran y gobernarán; y eso debía ser; eso lo que corresponde á la realidad regionalista. Esa independencia que proclamaban en Sitges con tanto furor (incluso el alcalde, que asistía al acto) fue la obra de esos hombres de religión y de despotismo.

Que ese régimen no podrá durar, bien lo sabemos; bien sabemos que no lo toleraría aquella masa obrera, que es de la más inteligente y más libre del mundo. Pero entre tanto sufriría por un período de tiempo más ó menos largo el látigo infamante de la celeridad.

¿No vais como ha pasado eso allá en Cuba?

Os hemos dicho muchas veces: la guerra cubana es una guerra espíasista; los instrumentos son los instrumentos de los yanquis, y éstos, cuando vean maduro el fruto, irán á cogerlo y comerlo.

¿No es verdad que os dijimos esto muchas veces, lectores de LAS DOMINICALISTAS?

Pues ya veis que no nos hemos equivocado.

En cambio al venerable D. Francisco Pi, que se deja llevar en todo por una lógica puramente formalista, creyendo que bastaba el nombre de federal que lleva la República yanqui para hacer de aquel país una nación de santos, animaba á la pelea á los separatistas contra España, asegurando que iban á la independencia. ¡Para qué? Para tener que confesar contrito, al escribirse el protocolo, estas palabras:

«Nosotros—dice D. Francisco Pi viendo que los yanquis se quedaban con Cuba—hemos sentido vivamente la anexión de aquella colonia á los Estados Unidos. Hemos visto en ellos un cambio de política norteamericana contrario á los intereses de todo nuestro linaje, y la hemos deplorado viendo fallida la mejor de nuestras esperanzas. «Ya no es aquella República, nos hemos dicho, la nación que creíamos llamada á sostener el derecho contra la fuerza, á ser la redentora de los pueblos oprimidos, á contener la insaciable ambición y el espíritu de pillaje de las naciones de Europa; ya es, como ellas, robadora de gentes, y truce por la violencia su engrandecimiento. No hay ya á dónde volver los ojos en defensa de la libertad y la justicia.»

¡Tardías lamentaciones!

Ellos no evitan que los infelices cubanos estén hoy tratados como viles esclavos por los yanquis, asesinados á racimos en las calles de la Habana, y viendo sus asambleas éliticas, cuando España les había excitado á elegir esas asambleas, que amparaba con su autoridad.

Pues otro tanto sucederá con esa visión del regionalismo. Vendrá en Cataluña el regionalismo, y como el peso de la religión y del capital es allí lo dominante, los capitales y los clérigos serán los amos, imponiendo el más insuportable de los despotismos, que es el de campanario; y entonces vendrá el lamentable y el decir:

«¡Ah! Nosotros no queríamos eso; nosotros queríamos la autonomía, no la independencia, y queríamos la libertad de nuestros tiempos, no la tiranía del tiempo de las segundas.»

¿No es poca utopía querer fundar la libertad del siglo XXI en la resurrección de un Estado del siglo XII?

¿Cómo hemos de querer nosotros esto?

¿Cómo hemos de querer que aquellos valientes catalanes, á quienes tanto amamos, sufran los horrores del despotismo?

Por eso nos veis agitarnos en esta cues-

tion con la misma vehemencia que lo hicimos en la cuestión cubana. Queríamos ahorrar á aquellos queridos compatriotas cubanos la vergüenza de verse tratados por los yanquis según lo están hoy, como una raza inferior, y recibir sus latigazos; como queremos librar á los obreros catalanes de recibir los latigazos del obispo de Urgel y de los familiares de Comillas.

Pero, ¿no lo acabáis de ver en la Italia regionalista? Cuando allí eran autónomos, independientes los napolitanos, había una hora en cada esquina y el fraile era el rey. «Cada cosa engendra su semejante.» Los Estados de la Edad Media bárbara sólo podrán engendrar barbarie.

Un ejemplo de la incompatibilidad del regionalismo con nuestro tiempo, y particularmente con la Cataluña actual, puede verse en uno de los artículos del programa regionalista, según el cual, todos los empleados de Cataluña deben ser catalanes de nacimiento.

¿No es una vergüenza resucitar en nuestro tiempo esas ideas bárbaras de la Edad Media? ¿No es verdad que tiene que haber perdido el sentido común la agrupación directora de ese movimiento para escribir tal absurdo? Porque nadie menos que los catalanes, á no estar obsesionados, pudieran consagrar tal menguado principio.

Previamente hace el honor del catalán en espíritu emprendedor, que le lleva á viajar por todas partes del mundo buscando cualquier empresa ó cualquier negocio en que pueda sacar utilidad. Si, pues, en todas partes domina ese criterio ruin y estrecho consignado en el programa catalanista por espíritus enloquecidos, ¿qué sería de los catalanes? Los arrojarían de todas partes. ¿Qué más da que se trate de una función del Estado, que de la industria ó del comercio? Si las funciones sociales de una región deben desempeñarse precisamente por el nacido en cada región, afuera con todos los empleados, todos los empresarios, todos los sacerdotes, todos los maestros de oficios, todos los obreros que de la región catalana están ocupados en las demás regiones del mundo. Esto era lo lógico, está lo que se constataría á ser artículo brutal y repugnante del programa catalanista al ese programa entrase en vigencia. ¿Qué era entonces de tantos centenares de miles de catalanes como andan por ahí por el mundo?

Habría que oír los denuestos que lanzaba contra sus paisanos regionalistas un ilustrado joven viajante de comercio, catalán, si leer en la prensa los telegramas que hablaban del crecimiento de la agitación regionalista:

—Pero, ¿no comprenden esos insensatos que nos pierden, porque nos están haciendo odiosos á esta España, que es nuestro menecado, cada día en aumento? ¡Pero si España está cruzada por todas partes y á todas horas por nosotros los visitantes de comercio de Cataluña! Hemos perdido el mercado de las colonias en parte por el egoísmo de los industriales de mi país; y ya que hemos perdido aquello, ¿quieren también por sus necesidades hacernos perder esto!

Nadie, nadie, en efecto, podría aquí perder tanto como Cataluña, de realizarse ese ideal de la independencia con que espíritus acalorados sueñan. Son los catalanes los ingleses de la Península, y nadie les podrá hacer aquí competencia en largo número de años.

Si rompieran la unidad nacional, la indignación que producirían en esta noble y sosegada, pero enérgica y varonil tierra, no se sabe hasta dónde llegaría. Lo menos sería surtir de la industria inglesa y francesa, que tantas ventajas tendría para el consumo una vez reformados los aranceles, hechos en exclusivo provecho de Cataluña, y que son una contribución que el resto de España viene pagando con gusto para contribuir al desenvolvimiento del genio industrial de aquella querida región.

Que dada la debilidad del Estado español, la brutalidad regionalista puede imponerse con un golpe de mano, no hay quien no deba temerle. ¿Qué fuerza tiene ya esta monarquía despreciable que nos ha hundido en descrédito y en vergüenza?

¡Ojalá, empero, con lo que se hace! La nación que conquistó su unidad á tanta costa, no se dejará fácilmente despedazar. El ensayo de los cantones del 73 debe ser una lección y un aviso. Como entonces se ensañó la unidad, se ensañará mañana, y los regionalistas sólo habrán conseguido alcanzar un triunfo pasajero, para que se vuelva á levantar sobre el montón de ruinas y sangre que preparan, el edificio, más trabado y más consolidado, de la unidad nacional.

Todo el mal procede, repetimos, del entumecimiento intelectual en que yace nuestro pueblo, en la inercia de su pensamiento; si obrara aquí la reflexión, todo el mundo comprendería que la salvación está, no en separarnos, sino en unirnos más, como hace falta siempre que hay cerca un peligro. Es lo que hizo Francia en un caso igual: juntarse para proclamar la República, sin acordarse para nada de sus miserables regiones, enterradas por la gran revolución.

¿Qué lástima de tiempo el año que se emplea en debatir estas cosas, que debían estar ya en la noche del olvido!

Y sino, á la prueba. El propio Quevedo, que sin su plural veía muy largo, escribía en Las zahurdas de Plutón:

«Reñmonos acá de ver lo que ultrajáis á los villanos, moros y judíos, como si en éstos no cupieran las virtudes que vosotros despreciáis. (Y no caben, amigo Quevedo, no caben más que en los católicos; convéncete con lo que nos seace hoy!) Tres cosas son las que hacen ridículos á los hombres (pero no á los españoles; entendámonos!): la primera, la nobleza; la segunda, la honra; la tercera, la valentía; pues es cierto que os contentáis con que hayan tenido vuestros padres virtud y nobleza para decir que la tenéis vosotros, siendo inútil pasto del mundo.»

Vengamos á razones. Eso de ser ridículos y cuasi clones los hombres que sólo hablan de nobleza, honor y valentía, máxime cuando la nobleza es de los abuelos, la honra está en tener las uñas largas, pero muy largas, y la valentía en fustigar 2.000 tagalos de un golpe, asaltar una imprenta ó echarles margaritas á 20.000 cochinos de E. U., por no decir de P P y W, más parece una alusión á nuestros envidiables días que crítica de los del Gran Felipe. Espero, pues, que D. Francisco Quevedo rectifique ó aclare; y de lo contrario le mandaré mis padrinos (hembra el uno, pues aludo á los de pila).

Acabado de redactar este desafío, yo, que como buen católico no soy cuasi Munda ni Paz, gr. 23, ni creo en basílicos espiritismos, recibí por el cañón de la pluma un medium con el alma de Quevedo que me dice: «Si tus tiempos se parecen á los míos como un huevo á otro, más ó menos grueso ó amelonado, no es culpa mía. Si Antonio es tan grande, tan monstruo como Felipe, y Mateo tan sagaz y político como Olivares, allá vosotros, pero la alusión era á mis días. Como en ellos se adquirían las noblezas, te lo probaré con cartas de jesuitas y prelados en un comunicado próximo, que te enviaré con sobre á LAS DOMINICALISTAS, pasados unos días. Nuestra valentía la hemos evidenciado corriendo en Flandes tomando el tole en Italia, tirando la mochila del Rosellón y huyendo como gamos en Elvira. ¿Qué más habéis hecho vosotros? Y por lo que atañe á la honra, al honor, cuasi peculiar y exclusivo patrimonio de la boca de los españoles, por mucho que hayáis cultivado las extremidades cornudas de los dedos, oye ó lee lo que yo dejé escrito en El Padre Nuestro que dediqué al buen Felipe de la Calderona.»

Corro, pues, á buscar las obras de Quevedo, ábrolas y encuentro:

«El vulgo es sin rienda ladrón y homicida.

(¡Cielos, en siglos de tal fe!)

Los ricos repiten por mayores modos:

ya todo se acaba, pues robemos todos.

(¡Dios mío, como hoy!)

Perpetuos se venden oficios, Gobiernos,

(¡Civiles quizás!)

que se dar á los pueblos verdugos carnosos.»

Basta, Francisco el de los quevedos, me dije al leer esto; retiré el desafío, los padrinos y hasta la madrina.

Desocana en paz, profeta del siglo XVII. ¡Todo está igual; parece que fué ayer! (¡U hoy!)

MORÉN EL NABAAR.

HELIODORO SALGADO

Otra vez ha ingresado en la cárcel el denodado periodista y literato portugués Heliodoro Salgado.

Su delito es atacar, con la fuerza de la razón, el fanatismo católico. No pudiendo contestar á sus razonamientos, el arzobispo de Evora aprovecha su influencia oficial para hacerle prender. Es lo que hicieron los judíos con el Cristo. Este daba razones; ellos le contestaron clavándole en la cruz.

¿No se nota el paralelismo que sigue la historia de ambos retazos peninsulares? Cuando en España domina el clericalismo, domina también en Portugal; cuando salta aquí una chispa de fuego liberal, salta allí del mismo modo.

¿No somos imbéciles los hombres libres de allá y de acá al vivir separados, dando lugar á que un puñado de fanáticos nos dominen á unos como á otros?

Imposible parece que hombres de alma libre piensen aquí en el regionalismo. Lo que nosotros quisiéramos es que esa masa librepensadora que acaba de ostentarse en Barcelona pudiera volar á poner en libertad á Heliodoro Salgado.

Así, lo que hace falta es juntar todas las fuerzas de los hombres libres peninsulares contra el poderoso clericalismo, en vez de tenerlas dispersas, para que, á favor de esa dispersión, obispos y clérigos sigan siendo nuestros amos.

Desengañaos: esos cogullados nos esclavizan porque aún no hemos salido del bárbaro regionalismo. Si, ellos hicieron el regionalismo, y ellos siguen, como es natural, dominándonos, lo mismo á portugueses que á españoles. ¿A que no meten ya en la cárcel los obispos á los periodistas franceses? Porque allí la gran revolución acabó con aquellas caducas regiones de Delphinado, la Provenza, la Bretaña, etc., análogas á estas que aquí se quieren resucitar ó mantener.

Es muy cómodo defender el regionalismo estando en su despacho escribiendo tranquilamente sin que haya quien

le perturbe, porque desde Carlos VII á Polavieja y al obispo de Evora protejen esa brutalidad de la Edad Media; pero cuando se ve á escritores brillantes como Heliodoro Salgado metidos en la cárcel no más que por subsistir aún el imperio regionalista en la Península, la indignación llena el pecho contra los ilusos que, llamándose hombres libres, quieren hacer todavía más regionalista este suelo, gastando el tiempo en la pretensión loca de echar el vino nuevo de la República en el odre viejo del regionalismo, sin tener ojos para ver ni oídos para comprender la profundidad de la máxima evangélica sobre este punto.

Vosotros, queridos librepensadores peninsulares, volved la espalda con cólera á los que quieren mantener eternamente dislocado el cuerpo peninsular, y más aún á los que intentan dislocarlo más; y mientras otros trabajan, en unión de Polavieja y el marqués de Comillas, en levantar otra vez fronteras que la revolución española barrió, llevad la piqueta á la frontera portuguesa, porque es llevarla sobre las prisiones en que gime el talento peninsular de los Heliodoros Salgado.

LECCIÓN Á LOS YANKIS

El gobernador yanqui de Camagüey había decretado que los jornaleros de aquella comarca ganasen de jornal la comida y nada más.

¿Qué más podía esperar un latino que recibir la comida como jornal, teniendo por amo á un yanqui?

Los obreros de Camagüey tuvieron entonces que ponerse serios y decir: «¡Alto ahí! hasta eso no llegaron nuestros tiranos los españoles!; y al efecto hicieron una manifestación pacífica.

En vista de aquella manifestación, desocho que habían aprendido á ejercer bajo la tiranía española, y de las razones de dignidad que habían también aprendido bajo la tiranía española, el gobernador yanqui se ablandó diciendo que aquella medida no era definitiva, sino provisional.

—Y por qué no lo dijo usted?—debieron replicarle los obreros.

En fin, que los envilecidos y miserables obreros de la trágica España han dado una lección de democracia y de socialismo al gobernador yanqui.

Que no se duerman, empero, aquellos buenos obreros, porque si lo hacen, los tratarán los yanquis como tratan los ingleses á sus centenares de miles de súbditos en las colonias de Asia y África, como esclavos, mandándoles darles más jornal que el preciso para sostenerse.

Sobre las razones que los obreros de Camagüey han dado á su gobernador, no habrá dejado de influir en el ánimo de éste el olor á pólvora que le llega de Filipinas, donde aquellos pobrecitos aljeros no parecen aventar á tener por amos á esos defensores de la humanidad que quieren hacer trabajar por la comida á los jornaleros.

ESPAÑOLES ABANDONADOS

Del destino que los inexorables hechos reservan á los españoles, da idea este episodio de la guerra de Filipinas, relatado por un testigo ocular:

«De San Fernando—dice el relato—apoderáronse los insurrectos en el instante que el general Monet marchó en compañía de la familia del general Agustín á Manila.

La colonia española de San Fernando no alcanzó, la mayor parte de ella, la misma suerte que los afortunados pasajeros que el cañonero Leyta condujo á la capital.

Al encontrarse abandonados, próximos á quedar en poder de los tagalos, huyeron desprovistos hacia el río grande de la Pampanga.

Perseguidos de cerca por una partida insurrecta, sufrieron angustias sin fin en aquellos extensos lodazales de las sembraderas de arroz y caña de azúcar, y allí, en aquellas mortales horas de horribles sufrimientos, víronse madres separadas de sus hijos, esposas que para siempre perdieron á los compañeros de su vida; y no se completó la hecatombe en aquella triste odisea, merced á la piedad que de aquellos infelices tuvo el jefe de la partida insurrecta que los perseguía.

El cabecilla pampango Pedro Kaulas, al darse cuenta de que las víctimas de su gente eran la mayor parte mujeres, niños y hombres indefensos, suspendió las hostilidades hasta ver á los fugitivos en las barcas que por el río habían de llevarlos á la bahía de Manila.

Esto es, que el general Monet no se cuidó sino de salvar á la esposa del general, y ante aquel cuidado dejó abandonados al resto de sus compatriotas.

La cosa se concibe perfectamente; el general Agustín ocupaba allí el más alto rango y había que servirle. El resto de los españoles, ¿qué era? Turba despreciable. De igual suerte y por igual motivo se ha entregado á la muerte en Cuba á regimientos enteros, colocándolos en lugares donde las emanaciones pestilentes eran como vapores

de veneno puro que derribaban a centenares los soldados. ¿Qué eran, qué significaban aquellos soldados? Allí, en San Fernando, había, entre la turba, empleados, hacendados y gente de posición relativamente elevada; pero como se trataba de un caso extremo, todo se niveló, y el general Monet acudió sólo a salvar la preciosa vida de las instituciones gobernantes en Filipinas. ¿No habíamos perdido tantos soldados y tantas tierras por salvar sólo otras instituciones?

Lo ocurrido en San Fernando es, pues, cosa lógica. El destino que han sufrido aquellos desgraciados es el que espera a todos los hijos de España. No merecen otra cosa, es verdad, por su elevación intelectual y moral. ¿A qué necesita un español neto, un español de ley, ayuda de generales Monet, cuando tiene la ayuda de Dios? ¿Es católico? Pues ya le basta todo, y no tiene que preocuparse, ni de que haya generales instruidos, ni de que se castigue a los culpables y se premie a los buenos, ni de que se reforme nuestra educación desalmada, llegando a punto de que un general abandone a todo un pueblo por salvar a una sola familia.

¿Tardo desengaño el de los infelices españoles que habitaban San Fernando? Para evitar que las madres se apartasen para siempre de sus hijos, que las esposas vieran asesinados a sus esposos, cayendo luego ellas mismas muertas de hambre y de fatiga si no se habían entregado a los tagalos; para ahorrarse aquellos horribles sufrimientos no vieron bajar ningún ángel del cielo, ni se vieron transportados milagrosamente a lugar seguro por las imágenes cuyas medallas llevaban al cuello, y a quienes habían rendido adoración durante toda su vida.

Los hechos son inexorables, y allí aquellas infelices víctimas sacrificadas por los tagalos no vieron antes de morir sino los furiosos destructores de los indios, los rigurosos del duelo y del hambre y el abandono en que los habían dejado el general Monet, el Gobierno y la religión adorada en que les educaron sus padres.

Cuando ya era inútil, porque ello no les ahoraba caer bajo el hierro, reconocieron que aquí, sobre la tierra, no hay más que causas naturales que obran en la marcha de los sucesos humanos, y que desconfiar esas causas para preocuparse del cielo, es marchar, sin remedio, hacia la ruina.

«Ocupaos del cielo y no os preocupéis de la tierra», ha sido la máxima eterna de nuestros sacerdotes; y los desastrosos españoles han entregado, en efecto, el cuidado de sus intereses y su vida a los sacerdotes y a las castas privilegiadas de reyes y magnates.

¿Qué de extraño es que las castas privilegiadas y los sacerdotes no se hayan ocupado sino de protegerse a sí mismos, dejando en el mayor abandono al desastrosado pueblo español?

Y eso es lo que acaba de acaecer en Filipinas. El general Monet se ocupa sólo de salvar a los que gobiernan, dejando al pueblo en espantoso abandono. Las comunidades religiosas, más tarde, se ocupan sólo también de redimir a sus compañeros, y al resto de los cautivos españoles los dejan entregados a la desesperación y a la muerte.

¡Inmensos! Se viene gritando LAS DOMINICANAS que por el camino que lleváis marcháis al abismo, y no habéis querido oírlo.

Luchar a la desesperada para cambiar la fase del Gobierno español y por destruir los embolismos religiosos, es el primer deber de todo español. El que no lo vea así, ante los cadáveres de aquellas pobres madres que huían espantadas de San Fernando, después de haber perdido a sus hijos, es un imbécil; el que, al verlo, no se junta a nosotros en esta santa campaña de despertar al infeliz pueblo español que duerme, es un ente vil que merece quedarse sin hijos y que le lleven la mujer para hacerla su barragana los tagalos.

dice cualquiera de esos brutos sargentos que me mandan a nombre de usted. Así, ¿verdad que yo voy a ser el hombre de usted porque usted me haya mandado jurar que soy su hombre, es una broma propia del ingenio que está usted demostrando ante el mundo. Por si acaso, haga usted el favor de no mandarme nunca que dispare contra mi madre, porque al llegar ese caso serio, la cabeza de usted volará como una calabaza.

Es verdaderamente insoportable, a la altura en que estamos de la civilización, que llegue a mandar hombres y ser jefe de todo un pueblo cualquier histérico ó loco rematado.

LUZ Y SOMBRA

Ha llamado justamente la atención lo que sobre las vergüenzas de la guerra en Filipinas viene publicando en *El Nacional* un oficial del ejército que se firma *El Capitán Verdades*.

Las denuncias que *El Capitán Verdades* viene haciendo han dado lugar a que los aludidos en sus escritos le desafíen, y uno de esos desafíos ha estado a punto de verificarse.

Mientras se reunían los padrinos para tratar del duelo, Gobierno y opinión permanecían impasibles esperando el lance.

Es un signo de la corrupción inmensa de esta sociedad.

El Capitán Verdades cumple un alto servicio social al formular sus denuncias, y su vida debía ser sagrada mientras los hechos que ha denunciado no fueran exorcizados.

El Gobierno, empero, violando la ley, que prohíbe el desafío, y la sociedad ourisecando estupidamente sobre un asunto que tanto le interesa, porque de él depende que mueran ó sufran cautiverio millares de españoles como hoy lo sufren en Filipinas, hubieran dejado matar en duelo a qui les hacía un servicio inasustituible.

¡Y ese Gobierno estúpido dijo que venía a regenerar la sociedad!

No se asombre nuestro querido colega *El Orden*, de Tarragona, si combatimos con pasión el regionalismo, ni menos lo atribuya a malquerencia a Cataluña. Es precisamente todo lo contrario; es que, queriendo tanto como queremos a aquella región por su espíritu avanzado, tememos que, arrastrada por el extravío y el vértigo, se pierda y nos pierda.

Estamos en tiempos de unificación y no de separación. Mírese a la democracia de Europa, mírese al socialismo de todas partes, que es el partido que va hacia el porvenir, y no se le verá ni por sueño ocuparse de resucitar fronteras ni hablar de regionalismo; esto es una *casa de España*. Fide la democracia socialista la unión de los pueblos; no le cabe en el pensamiento hablar de separación ó regionalismo.

Ocuparse sólo de regionalismo es ya perder un tiempo precioso, cuando todo el tiempo no basta a la democracia europea para cuidarse de unirse, a fin de ver si pueden evitarse las espantosas guerras internacionales que nos amenzan.

Ya vemos, es verdad, que el regionalismo avanza; como que es la consecuencia natural de la disolución de la patria, traída por los monárquicos.

Cuando leímos en la prensa que se había descubierto una conspiración republicana en Ercija, mezclándose en la noticia los nombres de los redactores del periódico *El Moralizador*, presuminos que se trataba de una nueva infamia del caciquismo, porque habíamos visto que aquel colega había tenido que imprimirse en Córdoba, porque el asqueroso caciquismo de Ercija imposibilitaba la publicación allí.

En efecto, acabamos de recibir una hoja impresa, donde los redactores de *El Moralizador* D. Melquíades J. Carriles, D. Rafael Pérez Argana y D. Antonio M. Cortés denuncian desde la cárcel que han sido víctimas de un vil complot.

De suerte que estos miserables dominadores de España, lejos de enmendarse después de los horribles males que nos han causado con sus arbitrariedades, arrojan en su política brutal.

Y luego, cuando se vean arrastrados de una cadena ó crucificados como los frailes filipinos, hablarán de compasión y de humanidad, como ahora lo está haciendo Polavieja al pedir la libertad de los cautivos españoles.

Pues no hay más remedio; los que crean que la maldad y la infamia pueden eternizarse, que se miran en el espejo de lo que pasa por Filipinas y Cuba.

Nos envían del Pedreco una *Hoja Impresa* de dimensiones kilométricas, en la que J. Veres, párroco de aquel pueblo, desafía el horno de iracundia sacerdotal que le abraza el pecho, contra el sacerdote católico que poco ha, en Figueras, abandonaba el catolicismo para profesar el protestantismo.

Por curiosidad fijamos la vista en los

primeros metros del escrito, hasta llegar a donde llama a la capilla protestante ampurdanesa «mular evangélico de Figueras», y al punto dejamos la lectura, porque no cuenta más el ofisto, yendo a buscar el final del impreso, donde, con el nombre del autor, hallamos unas líneas manuscritas por un *guarón* de aquella tierra andaluza, que son lo mejor de la *Hoja*. En ellas nos pinta su anónimo autor al pueblo del Pedreco esperando el día 19 de Marzo último que saliera la procesión allí acostumbrada, que hace las delicias de las beatas, mientras que el páter, reventando de espíritu, celebraba en su casa su fiesta onomástica sin acordarse de que habla en España religión.

¡Bravo por los clérigos teólogos y divertidos!

Los republicanos de La Línea se han unido y dirigido un elocuente Manifiesto impreso a sus correligionarios notificándoles la feliz unión pactada.

Firman el Manifiesto: por el Comité de Coalición, el presidente, Tomás Roncero; por el Comité de Fusión, el presidente, Andrés González.

¿Por qué no imitan este patriotismo los que están arriba?

¿Veis? El doctor Robert dice que no es regionalista y protesta de su amor a la unidad nacional. Sin duda hay que creerle.

Sin embargo, sus partidarios, los que le defienden, los que acaban de vitorearle en el Municipio, sosteniéndole frente a sus enemigos, gritaban en las calles de Barcelona:

«¡Viva Cataluña libre!»

¿Y qué podría él hacer personalmente para contener esa ola separatista, una vez que se levantara y soplara con impetu?

Nada. La ola le arrollaría, y al fin acabaría por ir con ella, y sino por quedarse aislado, sin poder y sin fuerza alguna para contenerla, despreciado por unos y odiado por otros.

Pues eso sucederá a todos los que defienden el regionalismo; su destino es ser arrollados por esas masas fanáticas que mueven los Comillas y comparsa.

Esas masas serían luego los amos en Cataluña, y como habían impuesto el regionalismo, impondrían la Inquisición, hija íntima de las regiones, nacida en ellas y viviendo con ellas.

Luego dirían los regionalistas liberales lo que el doctor Robert, que no querían eso. Entretanto, ya se habrían asado muchos cuerpos por los seminaristas de Vich, entre los gritos de júbilo de esos que iban a volar delante de *La Publicidad*: «¡Viva Cataluña libre!»

Esto es la realidad; lo demás son sueños, teorías y visiones.

Sin ser separatista, el doctor Robert, que es un iluso, hace la causa del separatismo; como Polavieja, sin ser carlista, hace la causa de D. Carlos.

El consecuente republicano Sr. Lozano que ha tomado parte en meetings electorales estos días no es nuestro Director, que no ha participado en ninguna de esa clase de actos.

Se habló de que se presentaría diputado por Almería el banquero Ibo Bosch, el cual había tenido la energía de conseguir el anhelo de aquella ciudad, que era la construcción del ferrocarril.

Sin embargo, parece que ha renunciado a su candidatura comprendiendo que sería derrotado por el asqueroso caciquismo allí reinante; de suerte que seguirán siendo representantes de aquel pueblo los que le han tenido tantos años hundido en olvido, privándole hasta de ferrocarril, que gozaban hasta muchos años varias aldeas de España.

«No les da vergüenza a los almerienses tolerar tanta injusticia? ¿No les abochornan seguir siendo eternamente lacayos de los que han sido sus verdugos?»

Parece que se presenta por allí como candidato de la Fusión republicana D. Leonardo Ortega, que a sus méritos de republicano de toda la vida, uno el de ser yerno de Llano y Peris, el dechado del honor republicano progresista, cuyas indicaciones debían ser mandatos, no ya para todo republicano, sino para todo español de vergüenza.

Poca esperanza tenemos, empero, de que los almerienses se decidan a romper los hierros de la esclavitud que les oprimen, y presuminos que la candidatura del Sr. Ortega no será más afortunada que la de Ibo Bosch.

En *La Nueva Era*, periódico de la República del Bonador, leemos:

«Frecuentes son los reclamos que tenemos del interior. ¿Qué se hacen los periódicos? ¿Cómo es que se extravían? A nosotros rara vez nos llega uno que otro cange de más de ciento que mandamos; y nos hemos quejado siempre de la poca cortésia de los directores ó administradores de periódicos. Vemos que no tienen ellos la culpa; así como no la tendremos nosotros si nuestro semanario no llega a su destino.

Está visto, pues, que es en las oficinas de Correos del tránsito donde los periódicos se pierden. O los arriman en las perchas ó ángulos de los establecimientos, ó los regalan y se los llevan los empleados de las oficinas,

Y esto no es sólo con los periódicos: hasta las cartas sufren retardos y extravíos.

Es clamoroso el desorden de aquellas oficinas. Así no hay garantías.»

Ya lo veis, sistema español; aunque corregido y aumentado. Aquí se tiene un poquito más respeto a la correspondencia. ¿Por qué? Porque se tiene menos respeto a los clérigos. En el Ecuador ha habido hasta ayer la dominación clerical más furiosa que puede imaginarse, y claro es que los administradores de Correos que ven en sus manos cartas y periódicos, se quedan bonitamente con ellos. ¿Que es un robo? ¿Qué les importa a los que tienen seguro el cielo?

Leemos:

«En el ministerio de la Guerra se hace preciso trabajar los domingos y fiestas de precepto, y como el caso haya ofendido la conciencia del heroico no vencedor de los tagalos, ha expuesto el caso al obispo, el cual ha dicho: «trabájese todos los días, pues lo impone la necesidad; mas para purgar el pecado, oigan misa quienes han de trabajar, no ya en las fiestas, sino en el resto de la semana.»

¡Hipócritas!

Todo lo justifican cuando les conviene. Cuando se trata de leyes verdad, ningún juez consistente que se violen por motivo alguno. A nadie se le consiente asesinar ó robar, porque son delitos verdad. Pero como ese delito de trabajar en día de fiesta es pura convención, el juez correspondiente, el obispo, lo consiente cuando le conviene.

¿Qué prostitución la de la sociedad que admite tales leyes y tales jueces!

Recordamos de la correspondencia dirigida de Madrid a un periódico de provincias:

«El Ejército Español, el mejor sin duda de los diarios militares, se pone resueltamente al lado de los repatriados y en contra de don Camilo.

Cuanta con tal motivo este periódico toda una historia cuya reproducción a grandes rasgos considero indispensable.

Dios, con efecto, que el Consejo de ministros acordó señalar la cantidad de 25 pesetas mensuales por cada mes de campaña a cada repatriado; que así se consignó en el decreto respectivo, que firmado en forma se envió a la *Gaceta*; que el general Polavieja cambió de bisesto, por cuya virtud corrigió el decreto cambiando el 26 por 5, cuando ya estaba compuesto en la imprenta; y que a esto se debió el haberse publicado aquel día el periódico oficial con gran retraso.

Disculpamos la conducta del general Polavieja, siquiera porque, si no le importan un pito los individuos de tropa, en cambio considera como hijos mimados a los oficiales y jefes de su santa devoción. Y díjalo si no el número de mercedes que entre ellos va repartiéndose.»

¡No hay peor cuña que la de la misma madera! Ahí tenéis al soldado de ayer, avergonzado de su origen, ensañándose con los de su clase.

Este tipo sombrío está lleno de buenas prendas.

El clérigo del Perú, D. Victor Castillo, párroco interino de Llipo, ha cometido una fechoría propia de los de su clase.

La madre de la víctima de ese anatema narra su desventura, en carta que publica la prensa de allí, diciendo:

«El actual cura interino de Llipo, D. Victor Castillo, por los meses de Junio y Julio últimos frecuentaba mi casa como confesor de mi hija Presentación Purificación, a quien en mi presencia la amonestaba para que conservara incorruptible su conducta, y por consiguiente su virginidad por ser esposa de Jesucristo; pero, ¡quién hubiese creído que este mal sacerdote, encubriendo bajo la sotana la lepra de su depravada conciencia, estaba preparándose a un camino ignominioso a mi pobre hija! He hecho en que a principios del mes de Octubre, en una noche lóbrega, se constituyó el referido cura a esta población en unión de dos borrachos como él, y asaltando mi casa por un balcón, robaron a mi infortunada hija, cometiendo aquel malhadado sacerdote los delitos de rapto y estupro.

Este chacal tiene la osadía de presentar a mi hija en todas las reuniones públicas como a su legítima mancha, ha hecho recorrer todas las vicisitudes, asistiendo a todos los conciertos, y no celebra misa sin que ella esté hincada frente al altar, bajo la pena de patearla, si así no lo verifica, pues es muy caloso.»

No hay huracán ni tromba que haya producido los estragos que producen, de continuo, en el mundo los enseñados.

La madre de Calixto García

El Gobierno cubano ha publicado el siguiente decreto de la secretaria de Agricultura de la isla:

«Artículo 1.º Se nombrará a la señora Lucía Higuera, viuda de García, madre del difunto general, oficial tercero de administración, con destino al negociado de Industria y Comercio de esta secretaria, asignándole el haber de 1.000 pesos, oro americano, correspondiente a dicha plaza.

Art. 2.º En atención a la avanzada edad y posibles achaques de la indicada señora Higuera, el jefe del referido negociado, Sr. Pedro Saenz Yáñez, general de brigada del ejército cubano, se encargará de auxiliarla económicamente en el desempeño de su cargo.

Habana 10 de Febrero de 1899.—El secretario, Adolfo Saenz Yáñez.»

Ya veis como es cierto que allí donde hay

más espíritu de libertad hay también más interés por proporcionar pensiones a los que han cumplido bien sus deberes, y ya que a ellos no, a sus familias.

ANTES LA MUERTE

Libertad, igualdad, fraternidad, ciencia, moralidad y justicia, son bases determinantes de la buena ó mala constitución de todo pueblo. Donde éstas faltan ó donde su firmeza es poca, sabido es que la barbarie ó el atraso imperan; ejemplo clarísimo es para todo hombre de buena fe y de mediano criterio el aspecto que presentan los pueblos que marchan a la cola y a la cabeza de la civilización. Pueden sacarse éstos por la mayor ó menor imperfección con que aquéllas se manifiestan. Que los pueblos formados por las más imperfectas razas humanas, donde la luz del progreso apenas llega, reciban en su indecisa marcha golpes fatales que les hagan retroceder casi al punto de partida, bien para orientarse mejor ó bien para enmendar sus errores, nada tiene de extraño; el que se halla en la obscuridad camina a ciegas y hasta puede deslumbrarse ante la luz; pero que aquellos que representan la cultura humana, que caminan en las avanzadas del progreso, y para quienes el sol de la ciencia y de la verdad no es lo desconocido, se empeñen en enmendar su extravío retrocediendo a las tinieblas del pasado, es inaudito y vergonzoso.

Pues bien; uno de estos pueblos es España.

Abriendo resueltamente los ojos a la luz del progreso, y evidenciando con él, tras cruentas luchas en que la libertad se abrió paso, entró de lleno en el concurso de la vida moderna. Libertad, igualdad, fraternidad, fueron sus lemas. Nunca el despertar de un pueblo ha sido tan hermoso, nunca la dignidad humana tuvo en él mayor acritamiento. Rodó la realidad, cayó el privilegio, abolióse la esclavitud, se encumbrió el pensamiento, y en una palabra, la nación, erguida, pudo oírse con los pueblos más civilizados del globo; debía entrar una nueva era, la era de la dignificación nacional.

En este punto hay que interrumpir página tan brillantísima. A los grandes esfuerzos suceden siempre los grandes desfallecimientos. Estos fueron aprovechados por la reacción; se difundió algo derrumbado, disminuyéronse las ventajas adquiridas, y algunas, aun teniendo legal existencia, en la práctica han llegado a hacerse nulas.

Estamos en el presente. ¡Y qué presente más triste! La reacción ha dejado marcadas sus huellas; un imperio colonial perdido, un ejército aniquilado y una nación vilipendiada y empobrecida. Y aquí entra lo inaudito, lo vergonzoso, lo inconcebible; un mal paso atrás a la luz del progreso ha resentido nuestro cuerpo nacional, y nuestro pueblo, en su desaliento, en su desfallecimiento, dispónese a retroceder hacia el abismo.

No, hijos de España, no retrocedáis; los pueblos cultos empujados sus yerro caminando bien hacia adelante, pero nunca caminando hacia atrás.

A vosotros, amantes de la luz y del progreso, me dirijo. ¡Adelante! Hay que atentar sobre bases inmovibles y hay que perfeccionar la grandiosa obra boicoteada por nuestros padres. El bien de todos lo exige, la dignidad nacional lo manda. No consentamos que se entronice el obscurantismo, es decir, la ignorancia, el despotismo, la miseria y la deshonra.

¡Antes la muerte!

ALFREDO CAMPOS HIDALGO.

A LOS RETRÓGRADOS

¡Regocijaos, hijos espúreos y degenerados de España! Ya tenéis las Cortes convertidas en una sucursal del papado, y pronto podréis ejercer vuestras acciones inquisitoriales haciendo un auto de fe de cuanto huete a liberalismo. Desembalsad vuestros infames cadáveres, rotos por la mano del progreso, y ya tenéis en Madrid una fragua donde caldear el hierro y un estrecho molde donde podréis encerrar vuestro pensamiento.

¡Adelante, adelante, hijos de Loyola y de Torquemada, que la España liberal ya se cuidará de haceros retroceder!

Si en vano vuestros aliados oscuras osarán sobre el árbol de la libertad; tan fuerte tiene sobre la corteza, que contra ella se quebrarán las hachas de mejor temple.

No olvidéis que en las venas españolas se agita la generosa sangre de esa raza libre que, antes de dejarse arrebatar su independencia y su libertad, se bate con heroísmo, sin fijarse en el rigoroso sitio y la fuerza numérica enemiga, lo mismo en Sagunto contra los cartagineses, que en Numancia contra la altiva Roma, y que en Madrid, Zaragoza, Gerona, etc., etc., contra las huestes napoleónicas; y esa raza, que cubrió su sien con los laureos de mil combates gloriosos, no mirará impasible que esos Silveas y Polavieja le arrebatasen las libertades conquistadas con la sangre de nuestros padres.

Es una quimera, pura ilusión, pretender detener la marcha del progreso; éste seguirá, majestuoso, arrastrando como caudaloso río cuanto se oponga a su paso.

En fin, alivios del jesuitismo, murchálagos de la Inquisición, asesinos de las libertades patrias, ya tenéis en las cumbres del poder unidas la espada y el Cristo, y tras este baluarte aguarzéis las envenenadas flechas, dirigiéndolas contra el corazón democrático de España, pero no faltarán en ella hombres como Prim, Espartaco y otros que dan ejemplo a las páginas de nuestra historia, que digan al pueblo: ¡A vencer ó a morir! ¡Abajo los asesinos de Rizal! ¡Viva la República!

JAIME ESCOLÁ

Méjico 14 de Marzo de 1899.

SÁTIRAS COGULLADAS

A los que dicen que lo de Lille es un crimen aislado, contesta la prensa francesa con todos estos hechos de solo un año:

1897

—El H. Kreppert, de las Escuelas Cristianas, en religión H. Asclepiodora, veinte años de trabajos forzados por atentado al pudor. (Tribunal superior de l'Aube.)

—El abate Guillaume, tres años de prisión por atentados contra el pudor. (Tribunal superior de l'Ille et Vilaine.)

—El H. Piffeton, en religión H. Terecien, diez años de trabajos forzados por atentados al pudor de los niños. (Tribunal superior de l'Indre et Loire.)

—El H. Christophe, en religión H. Bianor, de una escuela cristiana de Reims, tres años de prisión por atentados al pudor. (Tribunal superior de la Marne.)

—El abate Steenhuyse, diez años de prisión por atentados contra el pudor.

—El H. Désiré Gompilla; en religión H. Alexis, diez años de trabajos forzados por atentados contra el pudor. (Tribunal superior de l'Orne.)

—Hippolyte Caron, antiguo H., un año de prisión por atentados al pudor. (Tribunal de Beuna.)

—El H. Cérés, en religión Xavier Célestin, de la escuela de Millán, cinco años de reclusión por atentados al pudor de sus discípulos. (Tribunal superior de l'Aveyron.)

—El abate Danzon, cinco años de reclusión por atentados al pudor. (Tribunal superior de la Mandre.)

—Pierre Brouil, antiguo H., cinco años de reclusión por atentados al pudor. (Tribunal superior de la Seine.)

—El H. Jean Donat, de la escuela cristiana d'Aprion, un año de prisión por atentados contra el pudor. (Tribunal superior de l'Isire.)

—El H. Klein, de la escuela católica de las manufacturas de Channy, dieciocho meses de prisión por atentados al pudor. (Tribunal superior de l'Ain.)

—El H. Lambert Warguier, de la escuela cristiana de Saint Amand les Baux, cinco años de prisión por atentados al pudor. (Tribunal superior de l'Nord.)

—El H. Chivaud, de las Escuelas Cristianas, veinte años de trabajos forzados por atentados al pudor de sus discípulos. (Tribunal superior de l'Hérault.)

1898

—R. P. Calliater, cuatro meses de prisión por ultraje público al pudor. (Tribunal d'Orleans.)

—El H. Lyr, catedrático en Mont-de-Marsan, dos años de prisión por atentados contra sus discípulos.

—El H. Lubé, catedrático de Libourne, diez años de reclusión por atentados contra 19 de sus discípulos. (Cour d'Assises de la Gironde.)

—El H. Pougand, catedrático d'Igny, un año de prisión por atentados al pudor de sus discípulos. (Cour d'Assises de Seine-et-Oise.)

—El H. Donat, en religión H. Laudry, director del Pensionado Saint Joseph en Olesment, cuatro meses de prisión por atentados obscenos contra sus discípulos. (Tribunal d'Assises.)

—El H. Farges, catedrático de moral en Périgueux, diez años de reclusión por ultraje y siete atentados al pudor. (Cour d'Assises de la Dordogne.)

—El H. Merle, en religión el H. Bertie, catedrático en Beauvais, veinte años de trabajos forzados por atentados contra los niños, sus discípulos. (Cour d'Assises de l'Oise.)

—El H. Recransart, en religión H. Jindur, catedrático, ocho años de trabajos forzados por atentados contra sus discípulos. (Cour d'Assises d'Indre et Loire.)

—El abate Focfin, veinte años de trabajos forzados por atentados contra sus discípulos y otros niños y niñas. (Cour d'Assises de la Côte d'Or.)

—El H. Toulouze, en religión H. Sobjanur, director de la escuela de Bagnolles, diez años de trabajos forzados por atentados contra sus discípulos. (Cour d'Assises du Gard.)

—El H. Elise Jacob, catedrático, veinte años de trabajos forzados por atentados contra sus discípulos. (Cour d'Assises du Gers.)

—El H. Garnier, en religión H. Ribin Bernard, catedrático, veinte años de trabajos forzados por atentados al pudor de sus discípulos. (Cour d'Assises d'Indre et Loire.)

—El H. Gogot, en religión H. Fobrien, catedrático, veinte años de trabajos forzados por atentados al pudor de sus discípulos. (Cour d'Assises du Morbihan.)

—Hay además en tramitación una porción de «prosecuciones» de los que saldrán condenados otra cuadrilla de «cristos clericales».

—El es el caso del hermano Flaminio, que venga Dios y lo vea.

Concentración republicana

Se ha verificado en Arenys de Mar, en el «Centro Republicano Federal», una velada política en celebración de haber llegado a una inteligencia y pactado la coalición todos los republicanos de aquella villa.

Abrió la sesión el presidente de dicho Centro D. Andrés Rosell, dando las gracias a los concurrentes a tan importante acto.

Hizo uso de la palabra el consecuente republicano, otro de los veteranos de la democracia, D. José Borrell, quien dijo que, a pesar de su avanzada edad, sentía ardores juveniles y era virilísimo suficiente para atajar la reacción que nos amenaza y para conseguir el triunfo de los ideales que ha defendido toda su vida.

(Applaudidos aplausos coronaron la peroración del Sr. Borrell.)

Significó en el uso de la palabra D. José Soler, y dijo:—Que volvía como en los primeros tiempos de su juventud a procurar por el restablecimiento de la República española. (Repetidos aplausos.)

Hablaron también, entre grandes aplausos, D. Francisco Mora y D. José Mayola quedando sellada la fusión republicana en Arenys entre el más grande regocijo de los republicanos de aquella importante población.

Los maestros y el clericalismo

Al fin se aperceben los maestros del peligro que para ellos encierra la reacción clerical.

De un fondo de El Criterio, periódico profesional, tomamos:

«El campo de la enseñanza viene ambicionándose desde hace mucho tiempo por gran número de comunidades que, so capa de religión, quieren vivir a costa del país, dominar las conciencias y dirigir los asuntos de la administración y de la política. Nadie desconoce estas ambiciones, nadie las niega y todo el mundo ve que arrollan de día en día los esfuerzos de esa tendencia que «nervará más y más las energías del pueblo español a medida que le vaya dominando...»

Hay quien a la chita callando va haciendo camino; hay quien no habla y obra, y son los partidarios de la enseñanza clerical, ó sea las comunidades religiosas y sus adictos. Saben éstos que todo el porvenir y la riqueza de España depende de las escuelas primarias, y en su consecuencia tratan de apoderarse de ellas a todo trance. Buscan el triunfo dominando las esferas del poder, y a conquistárselas dirigen. Esta labor no la desconoce nadie y repercute en el seno del Magisterio. Hay muchos maestros, y en especial maestros viejos, fanatizados y ciegos hasta no conocer que ellos serán las primeras víctimas, se han puesto, resueltamente, al lado del clericalismo.»

¿Cuántas veces no hemos fustigado aquí a imbecilidad de esos maestros!

Aunque no fuera más que por egoísmo no debía haber maestro que no fuese republicano.

Comparen los maestros españoles su situación con la de los maestros de la vecina República. Allí no temen, ni pueden ya temer que los frailes les arrebatén las escuelas. Lejos de ello, el triunfo del laicismo está totalmente afirmado, y con él asegurada la posición social de los maestros, que mejor se día en día y es cada vez más estimada. Hasta en las aldeas de Francia se ven ya cuatro y cinco maestros de ambos sexos que, sobre el sueldo que les asegura una subsistencia digna, tienen casa en las bellas escuelas que de nueva planta se construyen al lado de las casas municipales. ¿Cómo se contentaría en Francia que se dejara sin pagar a un maestro?

Y es natural, la República tiene por madre la instrucción, y tiene que fomentarla, mientras que la monarquía sabe que la escuela es su enemigo. Y más que la monarquía sabe eso la Iglesia. ¿Quién no oye estrofas en los sermones a los energúmenos entonados fulminar rayos contra la instrucción?

Se necesita ciertamente, siendo maestro español, ser bien idiota para defender la enseñanza católica, que tiene aquí sin comer los maestros, y hablar mal de la enseñanza laica, que les prodiga el bienestar y los honores allá en Francia.

En unos es ignorancia, ciertamente; en otros es algo peor, es rebajamiento; hacen que el esclavo, besen la mano del amo que les azota.

¿No les faltaba más sino que los frailes se arrojasen de las escuelas!

Protesta contra la censura

Entre las notas negras que infaman la historia de Sagasta, está la suspensión de garantías, decretada por ese político sin conciencia, que arrojó la libertad de España, después que acababa de entregar la patria al extranjero.

Los infinitos perjuicios que trajo esa suspensión no los pagará Sagasta estando en prisión por siempre.

Entre los perjudicados figura D. Pedro Arno, director que fue de La Ciencia Social del Siglo XX, que se propone rescatar el año próximo con el título de La Ciencia del Porvenir.

En protesta del atropello que se cometió con su publicación, el Sr. Arno ha publicado una hoja impresa, donde se leen estas líneas:

«A principios del año pasado, había yo iniciado en La Ciencia del Siglo XX una campaña en que me proponía hacer un examen de nuestra situación y de nuestra política, y una denuncia de los errores que en materia de política y de administración dominan hoy día en todo el mundo occidental, y especialmente en nuestra patria, prescindiendo de todo espíritu de partido y de banderías.

Por lo visto, la censura militar, ó el Gobierno, ó quien quiera que sea, me tomó ojo rizo, y el lápiz rojo tachó desde la primera a la última letra un artículo de cinco páginas titulado Don Quijote y Sancho Panza, en el cual no se hablaba una palabra del Gobierno ni del ejército, ni se atacaba la monarquía, ni la Iglesia, ni poder público alguno; pues todo se reducía a hacer un paralelo entre los sentimientos del pueblo español y los de los políticos de otros países.

Como la censura militar no daba razones de ninguna especie de sus procedimientos, ni se sabía en virtud de qué reglas ó criterio obraba, comprendí que era imposible continuar mi publicación en aquellas circunstancias, imprimí una hoja con el título de Despedida, y la remití en prueba a las oficinas de la previa censura.

Esta prueba fué sellada sin tacha ni observación, y en consecuencia, quedé autorizado para imprimirla y hacerla circular.

Se hizo la tirada y se enviaron a la capitania general y al Gobierno civil los ejemplares correspondientes; mas ¡cuál no sería mi sorpresa, cuando de la capitania general me devolvieron uno de los ejemplares con un párrafo tachado por el lápiz rojo!

La censura no se contentaba ya con censurar los periódicos; se censuraba a sí misma, echaba hoy lo que había hecho ayer, jugaba con la buena fe y los intereses de los ciudadanos, en una palabra, se divertía conmigo.»

De esas burias tenemos nosotros en cara centenas.

Y añade la hoja impresa:

Bajo el punto de vista económico, un periódico no es más que una empresa industrial como otra cualquiera, que paga su contribución y se funda al amparo de las leyes vigentes. Yo ejercía mi industria cumpliendo con todas mis obligaciones legales; y mientras el Gobierno me cobraba el impuesto correspondiente, me impedía ejercerla oponiéndome toda clase de trabas y obstáculos, y atropellando caprichosa y arbitrariamente las leyes. ¿Qué habría dicho un fabricante de telas, de seda y legalmente matriculado, y hallándose a industria consentida por las leyes, si le hubiesen de la noche a la mañana prohibido poner en circulación los géneros que estaba autorizado para fabricar y vender?

¿Quién es aquí el faccioso, quién es el censor, quién es el delincuente; el que cumple las leyes viviendo de su trabajo honrado, ó aquel que, amparado por la fuerza y la posesión del poder público, las viola sin escrúpulo en perjuicio de legítimos intereses?

Exactamente; aquí no hay garantido ningún derecho, porque el poder es un subterfugio perpetuo contra las leyes.

Y es en balde toda protesta y toda queja, porque es llorar como mujeres por no tener valor de obrar como hombres.

Un ejemplo de autonomía colonial

En 1786 decretó el Gobierno inglés la creación de una colonia penitenciaria en Australia y hasta 1789 no llegaron a Port-Jackson los doscientos cincuenta deportados que habían de servir de núcleo a la Nueva Gales.

Se intentó colonizar Victoria en 1793, abandonándose a los pocos meses la empresa por estimarse imposible la vida de los europeos en aquellas comarcas. El primer establecimiento permanente no se fundó hasta cuarenta años más tarde.

En 1836 se construyeron las primeras chozas en el territorio de la hoy denominada Australia Meridional. La más antigua tiene poco más de un siglo de existencia, y hay algunas cuya historia se registra entera en un período de veinte años. Estos países cuentan con ciudades tan ricas y populosas como Melbourne y Sidney, ó tan florecientes como Brisbane y Adelaide.

El estado moral de aquellos pueblos fué en los primeros tiempos lastimoso; las insurrecciones de los penados se refocaron en ocasiones determinadas haciendo fuego indiscriminadamente sobre los inocentes y los culpables; el matrimonio se inició bajo la forma extraña de dejar las aventureras refugiadas en presidios que podían volver al establecimiento penitenciario si se causaban de la unión contraída. Los oficiales adquirían sus víveres y los revolvían, realizando ganancias de mil docientos por ciento.

No era mejor la situación física y económica. Hubo un período de escasez tan extrema que los débiles sucumbían de hambre, y la ración de los que podían trabajar se redujo a tres onzas de harina, dos de arroz y dos de tocino. El suelo no permitía el cultivo de los cereales y tubérculos alimenticios.

Poco tiempo después se llevaron las primeras cabezas de ganado, y éste se ha desarrollado de tal modo, que hace algunos años se contaban setenta y cinco millones de vacas y terneros.

La riqueza pública en otros ramos ha crecido también en parecidas proporciones.

La población ha aumentado extraordinariamente. El territorio de Victoria, que en 1836 contaba con 224 habitantes, alcanza, según el último censo, a más de ochocientos ochenta mil. También puede decirse lo mismo de Nueva Gales, Queensland y Australia Meridional.

Este resultado fué no sólo debido a la gran inmigración; influyó notablemente sobre él el comercio y considerable exceso de los nacimientos sobre las defunciones.

En Victoria han ocurrido por término medio, 26.000 nacimientos y sólo sesenta defunciones; en Nueva Gales, 28.000 y 11.500; en Queensland, 8.000 y 3.900; y en la Australia Meridional, 10.000 y 4.000.

Se obtienen estos resultados como consecuencia de la aplicación de los medios que la Higiene prescribe y de una sana alimentación. Sumamente fácil es convencerse que no se debe a la bondad del clima, ni a la gran extensión del territorio, y mucho menos a otras causas parecidas, estas ventajosas diferencias. Comparando las cifras apuntadas con las del Archipiélago filipino y otras posesiones españolas, son por demás elocuentes.

La absoluta libertad religiosa ha producido una piedad sincera en el culto pueblo australiano. Desde 1871, en que se suprimió por completo la subvención otorgada a las comuniones cristianas, hasta nuestros días, ha crecido el número de los adheridos al catolicismo, presbiterianismo e Iglesia metodista, disminuyendo considerablemente el de los que declaraban que no pertenecían a ninguna comunión religiosa.

Hay fe política probada por la participación del 90 por 100 de los electores en las votaciones. Sienten entusiasmo por la Pedagogía, y no cabe ponerlo en duda teniendo en cuenta el celo que desplega el Gobierno colo-

nia de Victoria al gastar sesenta millones de reales en instrucción y educación.

Esta colonización a un nivel penitenciario costó novecientos más de mil docientos. Toda nuestra población. La asistencia a las escuelas y establecimientos oficiales su eleva por término medio a 250.000 niños en Australia. Además de esos centros docentes, cuenta con los muchos que han creado las poderosas asociaciones particulares.

El pueblo que ha progresado en tan colosales proporciones, ha sufrido la crisis del oro y a de la reforma radical de su derecho de propiedad en la famosa cuestión de los squatters y los free selectors.

No se debe su rápido adelanto a sus condiciones de una raza, porque todas allí están mezcladas; no ha podido influir mucho ciertamente la fertilidad de la tierra; no hay que atribuirlo a la excelencia de su población originaria.

El rápido adelanto se debe solamente a las instituciones democráticas, a la libertad sincera y moralmente practicada, y también ha sido un poderoso auxiliar la educación integral y laica de las masas populares.

Estos son los datos más evidentes sobre los resultados de nuestro actual régimen colonial, que tantas vidas nos roba y tantos millones consume, y del que únicamente obtiene provecho esa Compañía Transatlántica, que cobra a peso de oro el transporte de tantos esforzados defensores de la integridad nacional.

Los hechos son la mejor prueba de los sistemas coloniales, fundados en un amplio régimen autonómico, que permite el desarrollo de las actividades del individuo y la colectividad.

Es inexcusable el estudio imparcial y severo de las cuestiones coloniales, siendo evidente con la libertad se realiza el progreso, y con la rutina se va indefectiblemente a la decadencia y la ruina, no sólo de las colonias, sino de la Metrópoli.

SANTIAGO VALENTÍ.

(Del libro «Bosquejos Sociales».)

Calderón de la Barca

Soneto

¡Sabré al genio cantar y el sacro fuego que a Pindaro inspiró su estro elevado! Sombra en la idea de mi afán soñado sin la musa eterna del numen griego!

El caudillo, el abad, el sabio lego tan libre en su ideal, cual bien loado, sublime Calderón y vate honrado lux daba al hombre que del alma es ciego.

El honor, el valor, la infausta suerte del crimen y terror y cruel victoria del vicio y de ambición y de la muerte,

¡todo en sus dramas de severa historia e dice al mundo: Del error despierte, al lauro aspire de futura gloria!

VICTOR OZCARIZ.

LIBRE PENSAMIENTO EN ACCION

Un matrimonio civil en el Perú

Comienza a despertar a la verdadera vida la libertad el Perú. Los actos civiles, que allí no se conocían, producen al realizarse inabundante entusiasmo en las almas liberales, como era esperada en los clérigos.

Celebrado el matrimonio civil de D. Orestes Barba y la señora Amalia Mejías en el importante pueblo de Chapón el 1 de Febrero último, asistió al acto numeroso y selecto concurrencia, habiendo pronunciado D. Fernando Campos un oportuno y elocuente discurso alusivo al acto, con el cual se han abierto los ojos de muchos incautos que creían allí imposible casarse de otro modo que por la bendición de un clérigo.

El efecto producido en el ensotado de Chapón no ha sido dicho; erizando los pelos y agitando en epilépticas convulsiones, a fraque el matrimonio civil celebrado no se había, porque los contrayentes, en el momento de ser bautizados, han entrado a ser, por eterno, súbditos de la Iglesia. De suerte que el Sr. Barba es el hombre del clérigo de Chapón, como decían de sus siervos los barones en la Edad Media.

Lastima que el clérigo de Chapón no vaya a sostener sus teorías allá a Filipinas con sus cotillas los frailes. También los filipinos habían habituado al amor la obligación de los hombres de los frailes, y ahora ha venido a resultar tan vuelta la tortilla, que han resultado ser los frailes, de los hombres.

Nada; no sirve ya patear, ni aullar, ni beerrar contra las inflexibles leyes del mundo que nos circunda. Todo lo que es sentido haga al clérigo de Chapón de cosa perdida. Por muy feliz se debe dar con no tener el fin que los frailes de Filipinas.

Si los clérigos se van, ¿tiene de particular que se vayan también los curatos que los clérigos se metían en los botines por echar bendiciones a los casados?

Acto civil en El Montijo

Señor director de La Región Extremeña. Apreciable amigo y correligionario: Ayer, 12, contrajeron matrimonio puramente civil el acorrido librepensador Francisco Salomé Rodríguez con la virtuosa señora (en vida) Lidia Práxedes del Curo.

Al acto, que se verificó en el juzgado municipal, asistieron gran número de amigos y correligionarios, como asimismo algunas simpáticas jóvenes y una respetable matrona.

Estos actos, tan vituperados por el clero, beatos y fanáticos católicos, van siendo algo frecuentes en este noble pueblo, tan levítico y fanatizado.

Avidas de presenciar lo que para estos buenos vecinos es casi desconocido, eran muchas las personas que se agrupaban en las

calles por donde debía de pasar el séquito, para aplaudir el acto que acababa de verificarse y que para ellos era un suceso que, en vez de ser por equívocos y caprichos, debía ser para ver a los casados convidados, debieron subir con curiosos al juzgado, y su curiosa curiosidad se hubiera convertido en convencimiento radical; esto es, que el casamiento civil es un acto serio, sancionado por las leyes vigentes.

Actuó como juez el que lo es suplente, don Remigio Fernández, por haber pedido licencia el efectivo, tal vez porque, dadas sus ideas religiosas, le repugnaba celebrar un acto del que en su calostro caciquil se creería relegado.

Fuimos testigos D. Juan Bautista Codes y yo. Debo hacer constar, antes de concluir esta carta, que después de la conyugal ceremonia hubo en casa de los desposados un modesto almuerzo, donde se pronunciaron brindis en loor de las ideas regeneradoras, y por los que con ánimo viril saben emanciparse de la antigua teocracia.

Da usted s. n., q. b. s. m., BERNABÉ RODRÍGUEZ MESA.

De La Autonomía, de Reus:

Entierro civil

A las once menos cuarto de la mañana de hoy será enterrado civilmente el cadáver del que fué nuestro querido amigo y correligionario Juan Anguerra Bigorra, hermano de nuestros correligionarios Buenaventura y Francisco y hermano político de nuestro correligionario Buenaventura Miró.

Otro entierro civil

A las cuatro de la tarde de hoy será enterrado civilmente el cadáver del que en vida fué nuestro particular amigo Antonio Domingo.

Bibliografía

LA REGENERACION POR EL SUFRAGIO, por Valerio Cervera.—Opculo de 36 páginas.—Precio, 25 céntimos de peseta.—Palma.—Imprenta de José Tous.

Es un trabajo inspirado en las más sanas ideas democráticas, y por el que mereció un aplauso su autor.

EL PESIMISMO DE ÚLTIMA HORA, por Rafael M. de Labra.

Este folleto contiene el discurso que pronunció su autor el 9 de Enero último en el Centro de Instrucción Comercial de Madrid. Como en todos los trabajos de tan distinguido patriota, aparecen en éste los datos más interesantes y las enseñanzas más provechosas a la política nacional.

leyendo trabajos así, el entendimiento se ilumina y la voluntad se fortifica.

LOS DESASTRES Y LA REGENERACION DE ESPAÑA; Relatos e impresiones, por J. Rodríguez Martínez.—La Coruña.—Tipografía «El Gutenberg» Barrera, 19.—Precio, 3 pesetas en las principales librerías.

Es un libro de gran interés para los que quieran enterarse de lo ocurrido en Santiago de Cuba, y, sobre ello, de los factores que han contribuido a la ruina de España.

Todo está hecho en vivo. Los sucesos narrados son una reproducción animada del natural. Los comentarios son arrancados de una pluma exaltada por el amor de la patria y de justicia.

Con razón la prensa ha hecho correr por sus columnas varios de los notables trabajos de este libro, despertando una gran emoción en el público.

Si tenemos espacio, también reproduciremos nosotros algo de lo mucho notable que contiene.

¿HISPANIA FUIT? (Reflexiones dolorosas y provechosas).—Madrid.—Tipografía de Fernando Fe Olmo, 4.—Precio, 2,50 pesetas.—257 páginas en 8.

Con una gran severidad de juicio y un profundo sentimiento patriótico están escritas las páginas de este libro, cuyo autor no ha tenido otro fin al escribirlo que extirpar el dolor intenso que le ha producido la ruina de su patria.

Es este trabajo una elegía en prosa, escrita con noble estilo, ante el cadáver de España.

Hemos recibido los cuadernos 17, 18, 19 y 20 del Diccionario de modismos, por Ramón Caballero, interesante publicación que lleva un prólogo de D. Eduardo Benot.

Se vende en la librería de Antonio Melero, Preciados, 22, Madrid.

LOTES DE LIBROS

Por una peseta se puede adquirir, a elección, el libro ó el lote expresados a continuación:

- Manual del Libro Pensamiento.
- Procedimiento del momento.
- Mediocrismo y federalismo.
- 25 libros de «El Pensamiento».
- 50 discursos de «La soberanía del pueblo».
- 50 ídem de «Un terno traidero».
- 50 ídem de «La obra de la Asamblea republicana».
- 50 ídem de «Los derechos del hombre».
- 50 ídem de «Nuevos Evangelios que es el socialismo».
- 50 ídem ídem «Qué es Libro Pensamiento».
- Un Almanaque popular: en libro ó pagado en cartulina.
- Los bloques del Almanaque popular para fijarlos en cartón.
- Los Simpatizantes.—R. BARRALLO, San Lázaro, 8.